

Ante el nuevo paradigma de la catequesis: ¿quiénes somos?, ¿dónde estamos?, ¿hacia dónde queremos caminar?

Paolo Sartor

Director del Ufficio Catechistico de la CEI

RESUMEN

Las tres ponencias que desarrolla D. Paolo Sartor constan de una unidad interna, hay un hilo conductor en toda su exposición: la persona del catequista.

Planteando en primer lugar el nuevo paradigma de la catequesis, queremos partir de la realidad, ¿quiénes somos?, ¿dónde estamos?, ¿hacia dónde caminamos? Tras un sencillo análisis de lo que vive la Iglesia en Italia, que tiene mucho de similitud con lo que vive la Iglesia en España, aborda el tema de la persona del catequista y las claves para su formación. La necesidad de un saber a nivel bíblico, teológico y pedagógico, la importancia del saber-hacer del catequista, y aportó una nueva mirada sobre el saber-ser y el saber-ser-con del catequista, dimensión esencial para atender a la necesidad de su formación, el gran reto al que intenta dar respuesta.

PALABRAS CLAVE

Catequista

formación

ser, saber, saber ser

Iniciación cristiana

1. Las razones del cambio

Deseo iniciar con la anécdota de una joven catequista.

El papá de esta, un cierto señor Giuseppe, cuando era joven solía ayudar durante la catequesis de los niños, los domingos por la tarde media hora antes de la oración en su parroquia.

Giuseppe, observando cuanta labor le llevaba a su hija el ser catequista de primaria, hace este comentario: «Es otra historia respecto a mis tiempos. ¿Era necesario todo este cambio?, ¿llegarás al final?»

«¿Era necesario todo este cambio?», se pregunta papá Giuseppe, recordando lo sencillo y simple que era enseñar catequesis en su época.

«¿Llegaré al final?», se pregunta su hija, catequista de hoy.

Si buscamos en los documentos episcopales italianos y españoles elementos de respuesta, notaremos con evidencia que se trata de cambios del mundo, de la cultura, de nuestros interlocutores. Por lo tanto, no nos sorprenda que hayamos debido adaptarnos. Los obispos italianos han escrito:

«El actual contexto socio-cultural nos impone varias observaciones: la secularización que avanza, el pluralismo cultural, étnico y religioso; el evidente cambio de dirección católica en la esfera política y social; la exigencia de demostrar armonía entre fe y razón, entre conocimiento y búsqueda de Dios y en fin, la necesidad de anunciar la conversión al Evangelio, la liberación del pecado, de la injusticia y de la pobreza»¹.

En España, Mons. Salinas decía hace cuatro años: «Todos los Sínodos de Obispos convocados después del Concilio Vaticano II se hacen eco del cambio cultural y social en el que vivimos, y de los desafíos cada vez más notables que estos cambios suponen para la fe y su transmisión»².

2. ¿Por qué los jóvenes se van?

En realidad la pregunta es: *¿hacia dónde conduce la iniciación cristiana de los jóvenes?*, pero también *¿hacia dónde debería ir?*

¹ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Incontriamo Gesù. Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia*, n. 2.

² J. SALINAS VIÑALS, «La iniciación cristiana en la dinámica de la fe. La pedagogía de iniciación en la catequesis», *Actualidad Catequética* 235/236 (2012) 377-388: 378.

Muchas veces entre quien reflexiona sobre la catequesis y quien la desarrolla directamente circulan algunas frases, entre ellas: «El proceso de iniciación cristiana termina en un proceso conclusivo». Detrás del comentario, quizás un poco inocente, se esconde un dato muy cierto: tres de cada cuatro jóvenes que confirmamos abandonan la comunidad eclesial y las prácticas cristianas.

La compleja situación dentro de la cual se posiciona hoy la acción eclesial podría ser resumida como un momento de transición. En un cierto sentido, la praxis de la iniciación podría ser el espejo de un amplio cambio de relaciones entre la Iglesia y la sociedad civil: pasamos de una Iglesia que sustancialmente demarcaba los límites de la sociedad –razón por la cual ser cristiano católico coincidía con ser un buen ciudadano italiano o español, y quien nacía en Italia o en España era bautizado siempre– a una Iglesia que ha dejado de coincidir con la sociedad y apenas influye significativamente en la mentalidad, las costumbres, la cultura de la misma. Dentro de este cuadro, la estructuración de la identidad cristiana de un joven es descontextualizada socialmente.

Pero este cambio no resulta ser tan unívoco. Según algunos sociólogos existe una precariedad entre las naciones «latinas» de Europa respecto a cuanto sucede en Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra. En la mentalidad de los países latinos de Europa, en sus costumbres, en sus líneas morales, la secularización aparece evidente, pero determinados gestos y costumbres religiosos aún resisten. De aquí una cierta fluidez/ ambigüedad del contexto en el cual se coloca la solicitud de bautismo para los niños, así como también de sacramentos para adultos o jóvenes de edad escolar. Nuestra situación actual no es la situación del pasado, pero también sería poco realista pensarla como si fuésemos exclusivamente una Iglesia en tierra de misión.

El problema no es la muerte del catolicismo «popular», sino la estéril actitud de la iniciación cristiana como si esta no generara fe. De hecho, muchas veces sucede la dramática experiencia del abandono de la práctica cristiana y del alejamiento de la Iglesia por parte de los jóvenes que apenas concluyen la iniciación. El período de la catequesis que comprende un arco de edad entre los 8 y 12-14 años, que coincide con la confirmación, se percibe una socialización religiosa generalizada, seguida por una evidente disminución de la práctica durante y después de la misma pre adolescencia³.

³ Cf. P. SARTOR, «Iniziazione mancata, incompleta o fallita. La cresima dei ragazzi come “congedo” nella situazione attuale», *Catechesi* 74,4 (2004-2005) 17-24.

Podríamos tratar de describir brevemente este fenómeno, a través de los pasos que los jóvenes normalmente dan dirigiéndose al abandono de la práctica religiosa.

Ante todo, los jóvenes evidentemente perciben que *existen diferentes modos de ser creyentes (católicos)*. En otras naciones –por ejemplo, Alemania– el *pluralismo religioso* se concretiza con la presencia de varias confesiones religiosas y hasta de diferentes confesiones cristianas: protestantes, católicas. En otros países en cambio –y es el caso del mío, y quizás también del vuestro– el pluralismo religioso se conjuga con las distintas formas prácticas que la vida cristiana asume dentro del mismo mundo católico. La católica es, resumiendo, la religión de la «relativa» mayoría: muchos adultos, aun sin sentirse obligados a una vida cristiana, prefieren no sentirse totalmente separados de la Iglesia y se colocan en una «zona intermedia» entre la vida plenamente eclesial y la totalmente distanciada. Decía Mons. Rodríguez:

«Hoy en muchos cristianos la fe está aún en un umbral muy incipiente, débil y, en muchas ocasiones, pobre, muy pobre. Ni se conoce la fe a fondo, ni se celebra como un encuentro que renueva la vida en la gracia de Dios, ni se vive como una existencia plasmada por lo que creemos, ni tenemos una fe rezada, una fe que se transforma en oración, ni la fe nos lleva al compromiso público o la caridad con nuestros hermanos»⁴.

Los jóvenes perciben todo esto y consideran oportuno ser cristiano «como todos», es decir, como todos aquellos que no están dispuestos a «perder» (o «renunciar») a algo en nombre de la fe. Si en el mundo católico se puede ser cristiano yendo o no a misa, participando o no en las iniciativas de la comunidad, los muchachos percibirán todo esto y terminarán por acomodarse en este comportamiento.

Además, el pluralismo religioso al cual nos referimos no es tan ajeno o distanciado del mundo juvenil: este constituye sobretudo *un* «clima» que el mismo joven percibe muy concretamente en su hogar, en cuanto se le pide que asuma actitudes que normalmente sus padres no están dispuestos a cumplir. Pero en el mismo instante en el cual es invitado a cumplir actos que no corresponden a los de sus padres, él mismo deja caer tales invitaciones al vacío.

Existe además otro aspecto que merece una evidencia: más allá de lo que los padres puedan decir o no, para un preadolescente el condicionamiento ejercido por sus coetáneos pesa de manera determinante

⁴ A. RODRÍGUEZ MAGRO, «Apertura del Año de la fe en la diócesis de Plasencia», *Actualidad Catequética* 235/236 (2012) 411-415: 414.

respecto a cuanto pueda provenir del mundo de los adultos. El grupo de los «pares» es el ámbito de los jóvenes donde se viven las primeras experiencias autónomas, descubriendo nuevos campos de felicidad. En este ámbito, el tema religioso es percibido como un intruso, un extraño: no se trata, es un tabú... Es decir, las cuestiones religiosas se convierten en un objeto de no-comunicación o de comunicación negativa; y por si fuera poco, rápidamente el joven se da cuenta que para ser aceptado por su grupo debe congelar el tema religioso. Esto no significa que él deje de creer; pero sí que su credo deje de ser tema de comunicación; y se sabe bien que cuando un tema deja de ser tratado, con el tiempo corre el riesgo de no estar presente en la consciencia de las personas.

Concluyendo diría que *los jóvenes tienen la impresión de haber aprendido ya lo que les correspondía, lo que era su deber, y toda propuesta ulterior parece ser una aburrida repetición*. Hasta un joven que haya vivido las dificultades indicadas, manifiesta intolerancia hacia la catequesis: le da la impresión de haber aprendido cuanto le correspondía y considera cada tema catequístico insignificante respecto a los apetitos vitales que pulsan dentro de sí mismo. No sería correcto decir que no cree más; simplemente percibe como poco relevante la realidad asociada a la religión y la engloba entre «las cosas serias», de las cuales, por el momento, no es oportuno ocuparse. Como la mayor parte de los jóvenes y adultos de hoy, tampoco el preadolescente corta definitivamente su vínculo con el cristianismo: este desea garantizarse la posibilidad –en el caso eventual de que surja la necesidad de un cambio de situación– de poder regresar a algunas personas o símbolos de la Iglesia, sin que esto comporte una pertenencia estable o una conducta consecutiva.

3. Las carencias de la catequesis

En base a estas observaciones, la ya acostumbrada praxis catequética manifiesta diferentes carencias. La primera parece ser la falta de vínculos entre la iniciación-catequesis-formación de los adultos. Y a pesar de las repetidas invitaciones hacia una primacía de la evangelización de adultos y a la catequesis correspondiente, aún hoy se sigue verificando una desproporcionada situación en nuestras comunidades: la mayor parte de nuestros catequistas se dedican a la catequesis de niños; muy pocos se dedican a los jóvenes y adultos.

Un segundo aspecto es la *reducción de la catequesis como «preparación a los sacramentos»*. En muchas parroquias italianas la catequesis muestra una cierta capacidad propositiva siempre y cuando esté en las cercanías

de un sacramento, de otra forma, se encuentra en dificultad. Y cuando el hecho de recibir los sacramentos resulta bastante distanciado, el itinerario catequético corre el riesgo de deshacerse por ser ineficaz la propuesta a la misma participación.

Otro límite está constituido por la *disociación respecto a la vida ordinaria de la parroquia*. Revisando algunos recientes subsidios, se percibe como si la catequesis viviera en otro planeta. Entonces, tomando en consideración el objetivo de crear un enlace entre las familias y la comunidad cristiana, resulta necesario «inventar» momentos propicios, introducir nuevas experiencias, considerar iniciativas específicas... Todo esto sugiere una «artificial» maquinación, que habría que colocar a un lado de la parroquia que aparece inadapta como ámbito de introducción a la vida cristiana.

La estructura de la iniciación cristiana puesta en práctica en muchas parroquias europeas comporta un itinerario limitado a un grupo de edad entre los 7 y 12 años aproximadamente, es decir, bastante breve (un bienio o un trienio para la primera comunión o eucaristía y un otro para la confirmación). Dejando fuera toda la fase precedente, decisiva para el crecimiento de los niños. De hecho, el crecimiento espiritual de los niños, muchas veces, es asignado a los abuelos; mientras la preparación a los sacramentos a los catequistas; el camino de los preadolescentes se realiza gracias a las asociaciones o a la escuela católica, con metodologías diferentes respecto a las fases anteriores. Esto no ayuda a entender que la iniciación cristiana comienza con el bautismo y prosigue –por lo menos según las indicaciones de la mistagogia– más allá de los sacramentos; tampoco se logra entender que el camino propedéutico a la confirmación y a la eucaristía no puede ser caracterizado por un proceso didáctico, mientras la oración corresponde casi exclusivamente a la fase infantil y la dimensión lúdica-activa a la preadolescente.

Preguntémonos qué se hace con los padres. Entre las carencias de la catequesis actual se evidencia la incapacidad de interceptar de manera eficaz con las familias. La denominada «participación» de las familias corre el riesgo de convertirse en un proceso estéril, no solo porque es activado demasiado tarde, sino también por algunos aspectos que lo caracterizan. Este se presenta de vez en cuando como *obligatorio*: los padres aceptan la participación a los encuentros propuestos con el temor de que, en caso de rechazo, el hijo no sea admitido al sacramento; *desmotivador*: con raras excepciones, los agentes de la pastoral se esfuerzan para tratar a los adultos como tales, razón por la cual las propuestas son a menudo genéricas o infantiles; *exagerado*: después de

años de recíproco desinterés entre catequistas y familias, se proponen programas «intensivos» que no toman en consideración los ritmos efectivos de la vida familiar; *tardío*: cuando un hijo tiene 10-12 años, los padres se dan cuenta de que los instrumentos de educación ética y religiosa propuestos son ampliamente ineficaces; *formal*: propuestas «pre-confeccionadas» son presentadas tal cual, sin tomar mínimamente en consideración las situaciones específicas personales o familiares.

La colaboración entra la comunidad cristiana y la familia

«Es el ámbito familiar el más adecuado para el desarrollo de todo el proceso de tal iniciación en cuanto acompaña al fiel en su crecimiento humano y divino. Toda planificación realista de la iniciación cristiana debe contar con la pastoral familiar como una de sus dimensiones» (CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 2003, n. 22).

Ayer y hoy - propuesta del ponente para la interacción con los participantes

Refiriéndose a su específica realidad, responda a las siguientes preguntas.

¿Cuáles son las señales más evidentes de la crisis de la iniciación cristiana?, ¿cuáles, según su opinión, podrían ser los motivos de tal crisis?

¿En los últimos años, cuáles han sido las decisiones asumidas por su diócesis para responder a los problemas surgidos en relación a la iniciación cristiana de los jóvenes? (seleccione la frase interesada).

- Introducción de un «catequista de ayuda» adolescente
- Mayor inversión en la formación de los catequistas
- Reconsideración (cancelación) de los encuentros con los padres
- Uso de subsidios más eficaces
- Uso directo de la Biblia en la catequesis
- Introducción de celebraciones durante el camino
- Cambio de calendario del encuentro catequético semanal
- Cambio de la estructura del encuentro (más horas, no solo catequesis, tardes educativas, etc.)
- Introducción de la catequesis familiar

- Introducción de caminos catecumenales
- Cambio de posición de los sacramentos (por ejemplo, uniendo confirmación y eucaristía)
- Mayor conexión con las actividades de la pastoral juvenil
- Otro (especificar)

En propuesta

Ahora pregúntate: ¿cuál fue la decisión de mayor pertinencia?, ¿cuál el cambio que ha requerido mayor esfuerzo (por el empeño que requiere el mismo, las reacciones de las familias, la insuficiente preparación de los catequistas, etc.)?

¿Qué hace falta aún?, ¿qué pasos son necesarios o urgentes ahora?

4. La iniciación cristiana como oportunidad

La descripción que les he propuesto ciertamente no es nueva. Pero estoy convencido que pueden atribuírsele dos pequeños méritos.

En primer lugar, esta descripción muestra que *la crisis de la iniciación cristiana no nace de una sola razón, sino de una serie de motivaciones, de naturaleza sociocultural*. Nos estamos jugando la relación entre fe y cultura; o si preferimos entre cristianismo y sociedad. Es este el fenómeno donde reside la crisis de la iniciación cristiana de los jóvenes. Por lo tanto, es oportuno evitar culpar o reprochar solo uno de los factores del proceso. Por ejemplo, los padres, como sucede muy a menudo; o los catequistas o los educadores, como les gustaría a muchos padres de familia; o los jóvenes. La apuesta es alta, amplia y compleja. Y no forma parte ni siquiera de los instrumentos principales a disposición nuestra: catecismos y subsidios necesitan ser renovados –tal como están haciendo ustedes con gran esfuerzo–, pero la situación requiere una participación más amplia. No imaginemos soluciones fáciles o rápidas. No confiemos solo en un método, considerándolo insuperable, o en un texto nuevo, incluso aunque sea fruto de una meditada y probada elaboración.

En segundo lugar, la descripción que hemos trazado muestra *una comunidad cristiana bastante ausente, muchas veces en dificultad*. Como si las parroquias estuviesen poco interesadas en el anuncio del Evangelio: es «cuestión» de los catequistas. Como si el rol de generar la fe fuese ga-

rantizada por la puntual celebración, domingo tras domingo, año tras año, de los sacramentos de la fe, que evidentemente es cierto, desde un punto de visto teológico-dogmático, pero un poco menos desde un punto de vista teológico-pastoral.

Tratemos de decirlo de forma positiva. Ante la pregunta sobre los cambios requeridos hoy para acompañar los jóvenes y las familias en el camino de la iniciación cristiana, muchos catequistas responden evidenciando la importancia de actuar un cambio de mentalidad, de descubrir la belleza del propio servicio evangelizador y de renovar en la fe las motivaciones del servicio del catequista. Resulta fundamental la determinación de romper con el cliché y de cambiar costumbres, que sin duda son buenas, pero conducen a encuentros repetitivos y fundados en «siempre se ha hecho así».

El mandato mismo del catequista por parte de la Iglesia conlleva la llamada a vivir de manera cada vez más auténtica la llamada del Señor Jesús en unión a la comunidad cristiana de pertenencia y en la cual, también a través del servicio catequético, se vive un camino real de fe.

5. El sujeto de la evangelización

Para acompañar el itinerario de conversión progresiva y libre adhesión del sujeto es importante abandonar la idea de que el proceso de iniciación sea encomendado a un grupo de «expertos», los catequistas. Es necesario entender cómo tal proceso debe ser asumido por la entera comunidad eclesial.

La evangelización no es obra de especialistas

«La evangelización no es obra de especialistas, sino de todo el pueblo de Dios, bajo la guía de los pastores. Cada fiel, en y con la comunidad eclesial, debe sentirse responsable del anuncio y del testimonio del Evangelio. [...] La realidad en que vivimos exige que el cristiano tenga una sólida formación. La fe pide testigos creíbles» (BENEDICTO XVI, Durante un congreso organizado por la Congregación de Obispos, 20 de septiembre de 2012).

Este aspecto es evidentemente una de las características principales relacionadas con el cambio que se está verificando, al menos en mi país, sobre la catequesis de la iniciación: los padres ante todo, el párroco, los catequistas, las personas de la comunidad interesadas en los ámbitos litúrgicos y de caridad, las personas sencillas y humildes que viven la fe en su cotidianidad, todos estos son elementos importantes en la experiencia de fe del joven. En pocas palabras, toda la comunidad

creyente, que puede ser vista como una autentica comunidad educadora, es invitada a tomar consciencia sobre cuánto está sucediendo hoy y la necesidad de testimoniar y evangelizar. Afirma el *Directorio General para la Catequesis*: «La familia, la parroquia, la escuela católica, las asociaciones y movimientos cristianos, las comunidades eclesiales de base... Ellas son los “lugares” de la catequesis, es decir, los espacios comunitarios donde la catequesis de inspiración catecumenal y la catequesis permanente se realiza»⁵.

Hablando de comunidad cristiana sujeto de evangelización, en Italia –pero creo que lo mismo puede decirse de España– nos referimos ante todo a la parroquia:

«Es aquí que, de hecho, es posible anunciar la buena noticia a todos, hasta a los más débiles, como las personas con discapacidad y sus familias, los inmigrantes, los pobres; es aquí, sobretodo, que los cristianos viven el año litúrgico, centrado sobre el domingo, memoria viva de la Pascua. [...] La alegría y la fiesta son los elementos fundantes y constitutivos de la comunidad parroquial que encuentra en Jesús la fuente de la felicidad»⁶.

Si supiéramos sacar la catequesis de jóvenes y niños de la marginalidad respecto a cuanto vive la comunidad, la veríamos como un campo que solicita la participación armónica de la mayor parte de sus miembros durante varios años; un campo en el cual últimamente se juega el rostro misionario de la Iglesia.

6. Encontrar la Buena Noticia

Es necesario por lo tanto cambiar. Esta es la razón por la cual se habla, no desde hoy sino desde hace años, de una iniciación cristiana renovada y de creatividad en el campo de la catequesis. También en Italia el tema es un trabajo en progreso (*working progress*), legítimamente y fecundamente en proceso. Justamente se ha dicho que la iniciación cristiana constituye «hoy la obra más fecunda para una renovación que, si fuese asumida con sabiduría y determinación, podría cambiar no solo el rostro de la catequesis, sino de la misma comunidad cristiana: de una evidente dificultad pastoral podría nacer una renovación de inesperada fecundidad eclesial»⁷.

⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio general para la Catequesis*, n. 253b.

⁶ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Incontriamo Gesù. Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia*, n. 55.

⁷ E. BIEMMI, «Presentazione», in P. SARTOR – A. CIUCCI (a cura di), *Nella logica del catecumenato. Pratica dell'iniziazione cristiana con i ragazzi*, EDB, Bologna 2010, 5-6: 5.

Por su parte, los obispos italianos han escrito:

«En el último decenio, en muchas diócesis han sido promovidas algunas *experiencias* que tenían como objetivo verificar y renovar los itinerarios de iniciación cristiana de niños y jóvenes. Los resultados han sido estimulantes: una mayor participación de los padres y de los adultos de la comunidad; la “inspiración catecumenal” de los itinerarios, incluyendo la introducción de significativas celebraciones litúrgicas y un renovado análisis de las etapas sacramentales; el redescubrimiento del valor de un primer anuncio también a los pequeños, fundamento de una verdadera catequesis»⁸.

7. Una cuestión de mentalidad

Es evidentemente un nuevo esfuerzo, pero fundamental, comprender cómo la comunidad cristiana está llamada a pasar de un proceso de socialización masiva a un proceso que valora las posiciones libres de los individuos. Esta solicitud se enfatiza también gracias al aumento progresivo de bautismos en edad escolar, en la juventud o en edad adulta. Esto permite recuperar lo que en el acto de fe resulta fundamental: el libre albedrío de la persona, que ya nadie obliga –ni directa ni indirectamente– a creer. Sacerdotes, religiosas, catequistas están al servicio de un camino de libertad y llamados a favorecer la madurez de sujeto –todo sujeto, también el joven– para que sepa dar su libre y responsable respuesta ante la llamada del Señor. En los próximos pasos veremos las consecuencias operativas de estas nuevas observaciones.

Esta mañana podemos detenernos en dos puntos conclusivos.

En primer lugar, la definida «propuesta catecumenal» constituye la nueva óptica para llevar la iniciación cristiana a sus antiguos objetivos. Ha concluido ese «catecumenado sociológico» que caracterizó muchos siglos de cristiandad y el inicio del nuevo cristianismo... que convive en la pluralidad religiosa y cultural, basado en el libre albedrío y en la renovada capacidad generativa y propositiva de la comunidad creyente. Esto requiere evangelizadores y catequistas nuevos, porque hace tiempo no se enfatizaban estos elementos de libertad y madurez en el individuo, tal y como sucede hoy. Entonces, o catequistas nuevos, o sino, las mismas personas pero dispuestas a renovarse y a ponerse en actitud de cambio de mentalidad.

⁸ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Incontriamo Gesù. Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia*, n. 5.

En segundo lugar, nos preguntamos: ¿para cambiar es necesario renunciar a todo lo anterior? La respuesta es: ¡No! Es necesario cambiar, pero manteniendo las bases principales de una introducción a la fe, de una dirección de la vida cristiana que responde al mismo dinamismo de la fe y que funda sus raíces en la comunidad eclesial de origen. Quizás la renovación consiste precisamente en el «traer a la luz todo eso que se ha cubierto de incrustaciones y de anexos, ciertamente por varias exigencias de tipo histórico, pero que ahora resultan inadaptadas para transmitir la fe y cuidar de ella»⁹.

Tener esperanza

«Tenemos razones para esperar. No olvidamos que su paso y su presencia salvífica han sido una constante en nuestra historia. Descubrimos la maravillosa huella de su obra creadora en una naturaleza de riqueza incomparable. La generosidad divina también se ha reflejado en el testimonio de vida, de entrega y sacrificio de nuestros padres y próceres, del mismo modo que en millones de rostros humildes y creyentes, hermanos nuestros, protagonistas anónimos del trabajo y de las luchas heroicas, encarnación de la silenciosa epopeya del Espíritu que funda pueblos» (JORGE MARIO BERGOGLIO, *Carta a los catequistas [de Buenos Aires], 2002*).

⁹ CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Educare alla vita buona del Vangelo*, n. 54.